

cesidades ni mis caprichos... Me habéis echado á vuestro lecho de placeres caducos y ahora queréis arrastrarme á vuestra ruina... ¡Me marchol...

El pobre viejo cayó á sus pies, con la mirada suplicante, sus ojos grises se bañaron de lágrimas, temía de una manera horrorosa á la soledad. La joven le dominaba por completo. Carolina se dirigió hacia la puerta. Don José, llorando como un niño, se arrastraba por la alfombra besando el extremo del vestido de su mujer: estaba completamente subyugado. Carolina podía hacer de él cuanto quisiera. Satisfecha de sí, se volvió rápidamente y le dijo:

—Podemos arreglarlo.

El viejo sonrió estúpidamente, arrodillado en medio de la sala. Esperaba lleno de ansiedad.

—Volved á uniros con Mr. de Richart.

Richart, el apuesto y rico francés, de mirada azul y grandes bigotes rubios, tiempo atrás había sido socio del banquero. Richart se entendía con Carolina, don José se enteró y se rompieron las relaciones, liquidaron como buenos amigos y el drama quedó en secreto. Como á buenos actores nunca se negaron el saludo, y la alta sociedad no supo nada, á pesar del buen olfato de los podencos de salón.

Al sentir esta propuesta, dicha con tanta desfachatez por ella misma, las carnes agostadas del marido tomaron un tinte violáceo, se irritó al recordar la terrible escena de su deshonra, en vano sepultada en el silencio del olvido, cerró los puños y se levantó de una pieza á pesar de sus años, lleno de ira. Pero sólo duró un momento: la tremenda osadía de aquella mujer le aniquilaba. Temió su deshonra pública, moral y materialmente trompeteada á cuatro vientos por la ruidosa quiebra de su banca, la cárcel y la segura pérdida de Carolina, de aquella mujer imprescindible. Cayó otra vez, completamente anonadado, en el ancho sillón y se transigió con la idea vil, pero salvadora, de su compañera. Prefería la deshonra oculta.

Cedió.

Carolina, con todo el gesto de una gata, se apoyó en los secos hombros de su marido y acarició sus patillas blancas, besando con repugnancia la fría frente del viejo que sonrió bestialmente abrazando la redondeada cintura de la joven mujer de su perdición secreta.

Y en aquel instante abriéndose la pesada cortina apareció el criado que dijo, haciendo una profunda reverencia:

—Mr. de Richart.

RAFAEL NOGUERAS Y OLLER

COMO EL VIENTO

ERA una pareja singular.

Clotilde rayaba, con todos los esplendores del mediodía, en los veinticinco Agostos de una existencia cuajada de alegrías y dulzuras. Era el conjunto, el compendio, el resumen de cuantos atractivos poseen las mujeres hermosas.

Ojos grandes, rasgados, negros; cabellera espesa y tan negra como los

y hermosos, como una de esas nubes poéticas del estío, una de esas nubes blancas que son dignas hermanas de los jazmines de la tierra, allá, en las regiones del éter... Y que, porque son hermosas, porque son poéticas, porque son hermanas de las flores, como las flores, no tardan en desvanecerse.

Roberto cobraba un sueldo ni sobrado ni mezquino del Marqués de Montefé, cuyas fincas eran por él administradas. Cierta tarde en que estuvieron liquidando el trimestre finido, quedó durante un buen rato Roberto solo en el despacho del Marqués. Encima de la mesa, debido quizás á un involuntario olvido, se hallaba un libro pequeñito cuyas cubiertas de piel de Rusia ostentaban las iniciales del Marqués, en bien cincelada plata.

Roberto sintió la curiosidad de hojearlo y, tomándolo entre sus manos, lo abrió con cuidado. Era un libro de memorias; en él iba sentando su dueño un sin fin de curiosidades, los sucesos más notables de su vida, sus asuntos... Roberto leyó con avidez algunas de aquellas notas. Sólo fijó su atención en una página manchada (no diré escrita) con unos rasgos, más bien que letras, pero que, aunque con bastante dificultad, expresaban el concepto siguiente: «Hoy me he convencido de que para obtener el amor de la hermosa Clotilde daría mi fortuna entera».

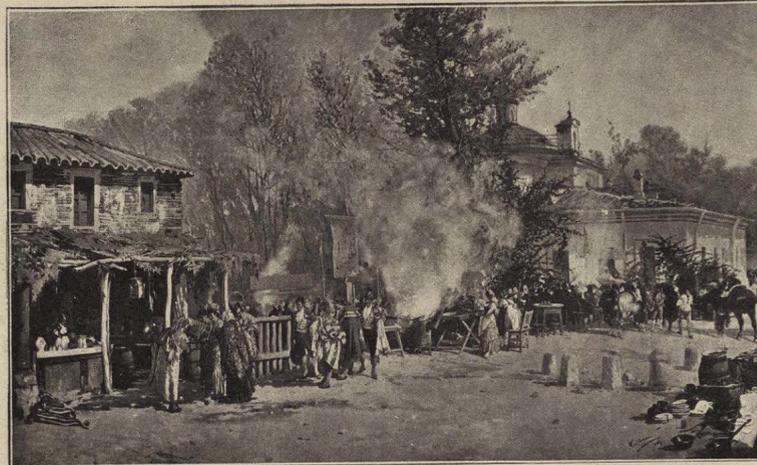
El importuno se estremeció, sintió en su garganta un nudo terrible que le ahogaba, palideció, cerró los ojos y cubriólos con ambas manos, inundado su cuerpo por el escalofrío que produce el miedo, el terror á una sombra que nace y se desvanece, á una visión que va y viene como las ondas del Océano. A los pocos instantes recobró su ánimo la tranquilidad de siempre, porque conocía perfectamente á Clotilde... Mas, de pronto, aquel fantasma horrible tornó á surgir de entre el espacio, allí, ante sus ojos, para mofarse de él, vestido con extraña elegancia, con movimientos rigurosamente aristocráticos... Pero ya no era un sueño, ya no era un fantasma, ya no era una visión, ya no era una sombra, era el propio Marqués que penetró en la estancia y contempló por un momento la actitud nerviosa que se había apoderado del desgraciado.

Este sintióse enfermo y se retiró á su casa. Después vino el silencio de Roberto. Jamás supo Clotilde adivinar cuál fuera la pasión que le consumía; siempre más le vió triste, siempre melancólico. Su melancolía le abstrahía de todo, y su mujer iba avezándose á una vida monótona, indiferente, desprovista de dulces palabras y de arrulladores besos...

Y así, él melancólico y ella triste en su aburrimiento, parecía que habíanse dado las manos para perecer los dos á un mismo tiempo entre las olas borrachas de ese mar sin orillas llamado del hastío, sobre el que jamás flotó ni el menos pesado madero, porque al contacto de su masa todo cruje, se quiebra y se sumerge.

Algunas noches, los esposos se asomaban al balcón y contemplaban con éxtasis el azulado tul del cielo, cuyas motas son estrellas, y aunque el espacio que mediara entre sus cuerpos no fuera bastante para que el más insignificante pajarillo extendiera las alas, permanecían completamente aislados, porque los pensamientos se habían alejado y los corazones marcaban distintos compases.

Por eso fijaban la vista en aquella bóveda. Cuando dos seres siguen el camino de la vida, por la misma senda y el eco sólo repite una pisada, no levantan la cabeza para admirar el cielo, inmenso, que lo buscan pe-



FIESTA DE SAN ANTONIO DE LA FLORIDA. — Cuadro de ANGEL LIZCANO.

ojos, su tez como el jazmín, blanca, delicada; sus labios del color mismo que las cerezas, y su escultural figura revelando que había sido modelada por angelicales manos...

El osado que se atreviera á contemplar, aun por breves instantes, aquel movimiento de su seno, apacible, dulce, que obedecía á los latidos de un corazón que más bien que centro del mecanismo vital parecía ser un generador de encantos y de perfumes, forzosamente había de sentirse poeta, y poeta enamorado.

Roberto, en cambio, ofrecía un aspecto vulgar. De escasa estatura, rechoncho, sin expresión alguna en su rostro, poco poblado por el pelo; con un buen número de canas mezcladas con su cabello castaño, arrugada su tez, á pesar de contar solamente seis lustros de vida, manos muy grandes, ojos pequeños y verdosos... Sólo poseía la gallardía de un cuerpo robusto y un alma llena de sentimientos nobles.

Roberto se casó, con el corazón tiernamente ilusionado, sintiendo el afecto puro, intenso, grande, el afecto que nace en el pecho de los hombres honrados que ven sólo en una sola mujer la compañera de toda la vida, destinada á acariciar con sus blancas manos nuestras sienas, compensando con sus caricias las fatigas de nuestro trabajo, asiduo, constante, casi eterno...

Las amigas de Clotilde aseguran que ella también se casó enamorada.

Quizá quizá, después de mucho mirarse en el espejo, hizo lo que hacen los niños al caer en sus manos un libro de cuentos infantiles, que, tras de leerlos y releerlos por mera distracción, llegan á conocerlos de memoria... Y ella se convenció de que era muy hermosa.

¡Y el arte tuvo un capricho!

Los tres primeros años de vida conyugal pasaron para ellos risueños

queñito como ellos; lo quieren en reflejos y lo encuentran en el fondo de los ojos...

El Marqués viajó durante algunos meses. Después volvió y visitó á sus amigos, entregando un hermoso regalo á Clotilde, consistente en una preciosísima pulsera adornada con brillantes. El encanto de Clotilde fué indecible; la tortura de Roberto fué inmensa.

**

Roberto, solo con su conciencia y su corazón, ideaba planes de venganza por aquella irrealdad, por aquel vacío... Por lo que carecía de forma.

Clotilde á su vez estaba maravillada de la amabilidad y el cariño con que les trataba el señor de Montefé.

Aquel día cenaron juntos, después el Marqués les ofreció su palco y los tres se dispusieron para asistir á una representación de *La Bohème*. Al dirigirse á la escalera, el Marqués presentó su brazo á Clotilde que lo hubiera aceptado, á no ser que Roberto, furioso, encolerizado, llevó sus manos al cuello del Marqués, diciéndole:

—¡Marqués de Montefé! ¡quiero matarte, quiero aniquilarte! ¡por que tienes el cuerpo hermoso y el alma de reptil... ¡así!... ¡así!...

El iba estrujando cada vez con más fuerza... Pero, á tiempo, Clotilde dirigió una expresiva mirada de reprensión á Roberto, y obligó á desistir de su propósito.

Estaba agitado; estaba verdaderamente enfermo. No fueron al teatro. El Marqués se despidió sólo de la esposa.

**

Por la noche, á la hora aquella en que se encuentran las almas, las de Roberto y Clotilde no se encontraron. La alcoba estaba iluminada por una lamparilla que Clotilde tenía buen cuidado de arreglar todos los días, para ofrecerla á la Virgen de los Desamparados, por la que sentía una devoción intensa.

Roberto se acostó, pero no pudo dormir. Durante largas horas, su corazón parecía barquichuela zozobrando sobre el mar, en las de tempestad y escándalo en las nubes. Sus ojos se cerraron, por fin, mas no para entregarse al sueño, sí á una meditación triste. Si su esposa le dirigía la palabra, era para reprenderle por sus ofensas al señor de Montefé.

Ella durmióse. Cuando dormía, Roberto se levantó, frenético, convulsivamente, y escapó de la habitación... Más tarde resonó por toda la casa el estallido de un tiro...

Despertó Clotilde y encontró á Roberto tendido en el suelo de la estancia contigua, completamente bañado en sangre... ¡Se había suicidado!

Ella lloró desesperadamente. Si su llanto fué tan amargo cuanto copioso, lo que sus ojos derramaron no fueron lágrimas, ¡fueron gotas de acibar!

**

Al día siguiente, el cadáver de Roberto fué visitado por sus innumerables amigos, entre ellos el Marqués de Montefé, que con la muerte había olvidado el ultraje. Me atrevo á decir que fué él quien prodigó más dulces consuelos á la viuda.

Ella acogía sus cariñosas ofertas de apoyo y amistad con una sonrisa triste, digna de haber brotado en los labios de Juana la loca.

A través de los cristales del balcón veíase el panorama de la ciudad en la plenitud del día, dorada por el sol, brillante, hermosa... y Clotilde, abandonando la sala oscura donde dormía Roberto, posó sus miradas en aquel otro cuadro Natura, embriagándose con el ardor de una mañana de estío...

La acompañaba el Marqués...

Dos golondrinas iban y venían afanosas construyendo un nido, Clotilde exhaló un suspiro tierno, diciendo:

—Le adora, Marqués. ¡Pobre Roberto!

Montefé no dió gran valor á estas palabras, pero apoyóse en ellas para pronunciar estas otras al oído de su amiga, á la vez que mostrábele aquel par de avecillas...

—Distraed vuestros ojos, alejad vuestros pensamientos tristes, mirad estos pájaros, estos pájaros que sin duda alguna se adoran mucho...

Se puso pálido, sus ojos se convirtieron en dos ascuas... temblaba.

FRANCISCO MASRIERA



MARÍA DE MAGDALA

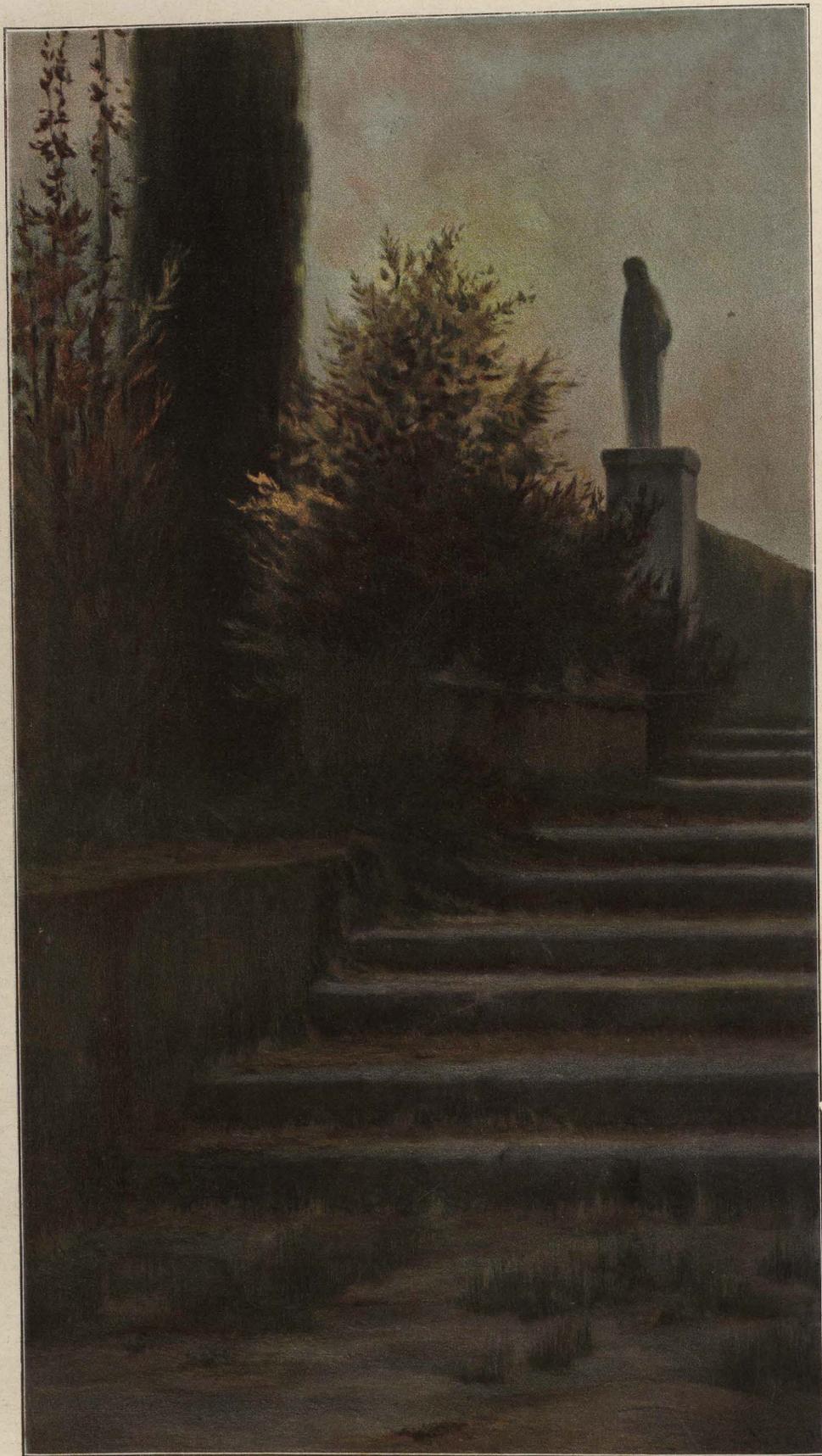
Clotilde le miró y en vez de repudiarle... dibujó en su boca un cariñoso gesto...

**

El espíritu de Roberto acababa de emprender la última carrera... ¡Iba á conocer lo desconocido!

JUAN VENTURA RODRÍGUEZ

MODESTO URGELL



PAISAJE

ENRIQUE ESTEVAN



SOBRE EL TERRENO